



gracias que viene aportando la isla. Pero pedir que España sea su soberanía, es una injuria hecha juntamente a las leyes de la humanidad, a la ciencia y a la dignidad del pueblo español.

Vender su soberanía España! Vender los destinos de los que actualmente viven bajo su bandera! Exponerlos a las contingencias que lleva consigo un cambio tan fundamental por ganarse algunos millones de duros!

Sería una verdadera infamia; como lo fue la comedia por el padre que diese emancipación a un hijo antes de la edad en que puede manejarse por sí mismo. A consecuencia de que un hombre ignorante y estafalario le indemnizase con dinero aquella abdicación de la patria potestad.

No hay ninguna persona sensata que no comprenda que en el estado actual de la sociedad cubana proclamar la plena independencia de aquella Antilla sería una locura. Han pasado ya los tiempos de utopías políticas y los hombres reflexivos se hacen cargo de la necesidad imperiosa de atemperar las instituciones al estado de las sociedades.

Allí están próximas a Cuba las Repúblicas de la América Central. ¿Qué han hecho de las instituciones republicanas, sino una miserable irrisión? Y llevan de prueba ¡más de 60 años!

¿Quiere el senador Call que España cometa la maldad de entregar Cuba a ese estado de dictadura perpetua que esteriliza todo progreso y hasta toda dignidad? ¡Y recibir dinero por realizar tamaña felonía!

No; así no se resuelve el problema cubano de un modo digno y elevado, como cumple a nuestros tiempos y a nuestro estado de cultura.

Allí no hay más solución racional que la autonomía bajo la protección de una potencia grande y fuerte. En tal sentido habrá dado pruebas de más delicado sentido político el senador Moreno, del Estado de la Florida, al proponer no há mucho que pasara esa protección a los Estados Unidos.

Pero semejante solución violaría las más elementales leyes de la raza y la historia. Los mismos partidarios de la separación la rechazaron cuando se puso a debate.

No hay, pues, otra solución justa y razonable que la propuesta por los hombres de más elevado espíritu que hacen política en Cuba; la de la autonomía bajo la soberanía de España.

Esa solución concede una total independencia a la vida interior de las Antillas, una vez que se establezca aquí la República.

Identificados absolutamente los republicanos españoles y antillanos en ideales y sentimientos, animados de un espíritu de justicia y de una nobleza de alma completamente fuera del alcance, a lo que se ve, de ese senador norteamericano, procurarán con unidad de espíritu llevar a las Antillas un régimen de libertad tan amplio y seguro como el que gozan los pueblos primeros de la tierra.

Quisieramos que el pueblo americano estudiase algo lo que es la España actual, y no insistiera en mezclarse en asuntos completamente ajenos a su soberanía exponiéndose a deshonrar sus tradiciones y su espíritu de justicia.

Proposiciones como la presentada por el senador Call; por la ignorancia que revelan a los derechos más elementales, por el desconocimiento que acusan del pueblo español, al suponerle capaz de aceptarlas, por una porción de circunstancias más, solo servirán para labrar el descrédito moral de aquel país, y ontibiar las ardientes simpatías que nuestra democracia siente hacia la gran República norteamericana.

Si el pueblo cubano había de estar bajo la tutela de políticos tan toscos de sentimientos como ese que pretende que se venda la soberanía, cual si se tratara de zapatos, no ganaría mucho ciertamente en dignidad.

Carlillos (1)

Quando Carlillos entró en la cocina, que era una vastísima habitación, experimentó una sensación tan compleja, que conviene a la claridad de esta historia analizar.

En primer lugar—efecto puramente físico de la abundante luz del hogar, el cuerpo y alma—sintió un poco de sofocación, que coloreó vivamente sus amarillentas mejillas. Algo de metafísico, empero, hay que contar en esta coloración repentina del rostro de Carlillos, y esto algo fué un vuelco que el corazón le dió, al percibir sentada en una silla, junto a la lumbre, a la dueña del parador, espléndida morena de veinticinco años, llamada Jacoba. Al sofoco y a la emoción, uníonense en Carlillos cierto enojo, que lo produjo ver quizá demasiado cerca de la dama al cura López, que se secaba las botas a la lumbre, y su mirada de piedad hacia la Inglesita, que así se llamaba la criada, hija de la Inglesona, que a la sazón fregaba la vajilla lejos del hogar.

La complejidad de su sensación, no le hizo olvidar a Carlillos la buena crianza, y dió las buenas tardes, quitándose cortésmente la gorra, a la dueña, al cura y a la Inglesita, en el orden que se nombró, dirigiéndose a un banco apartado del hogar, donde dejó su capa y su ballesta, y donde se disponía modestamente a sentarse, cuando, con nuevo vuelco de su corazón y nueva coloración repentina de sus mejillas, oyó que la señora Jacoba, le decía:

—¡Pobre Carlillos! Acórcate a la lumbre, sientate en este banco a mi lado. Sólo un valiente, como tú, es capaz de echarse al camino en un día como hoy, siendo un milagro patente que hayas llegado aquí vivo.

Estas palabras produjeron en Carlillos un deslumbramiento. ¿Cómo? ¿Era él, el cartero estebado y rufa de talla, a quien se le dirigía la mejor meza de la provincia de Burgos? ¿Era él a quien la espléndida belleza le había llamado valiente y le ofrecía un asiento a su lado?

Carlillos era tan modesto y tenía tan clara conciencia de sus escasos atractivos, que creyó honradamente que aquel requiebro y aquel ofrecimiento, no eran más que la explosión natural de los caritativos sentimientos de la señora Jacoba, a quien él se tartamudeando las gracias, diciéndole que él en cualquier parte estaba bien. Pero la señora Jacoba, con nuevo asombro y deslumbramiento de Carlillos, no se satisfizo con las corteses excu-

sas del cartero, sino que levantándose y dirigiéndose a él, le tomó del brazo y lo condujo al hogar, sentándose a su lado y prodigándole las más cariñosas palabras.

Toda esta escena tenía lugar bajo la mirada tranquila y los labios sonrientes del cura López, que, de pie, apoyada una mano en la campana de la chimenea, tenía alternativamente las piernas a la lumbre, para que se secasen sus botas embarradas. Pero Carlillos no estaba en situación de reparar en él, ni en la Inglesita, que allí en la sombra, mientras fregaba, observaba con el raballo del ojo a las tres personas que ocupaban el hogar, y sonreía también. El cartero no tenía vista sino para mirar a la señora Jacoba, cuyos ojos negros, con los resplandores del azabache, fulguraban bajo unas espesas cejas negras, miraban a Carlillos con una mirada penetrante, que producía en éste el efecto de una descarga eléctrica.

A decir verdad, debe honradamente pensarse que Carlillos, no obstante sus andanzas por los caminos y estancias en los mesones, lugares poco abonados para el florecimiento de la castidad, conservaba la nativa pureza; mas no por esto ha de forzosamente decirse que nunca se hubiera entregado a devaneos imaginativos respecto a las mujeres, ni que jamás hubiese acrecido la idea de un matrimonio por amor. En más de una ocasión, entrando en días de nieva o lluvia en aquel mismo parador a descansar un rato, mientras pasaba el turbión, al ver a la señora Jacoba sentada junto al señor José, al amor de la lumbre, había pasado por su imaginación, como un relámpago, la idea de que quizá la existencia sedentaria del posadero, presidiendo la cena de los trajinantes en una buena mesa y retirándose a descansar en su propia cama con tan gallarda moza como la Jacoba, era muy superior a la de correo gabacho, en perpetuo movimiento y continua batalla con los cierzos, las nieves y los chubascos, a pesar del nombramiento rubricado por el ministro de la Gobernación del Reino y adornado con el escudo de armas de España, que, constituyéndole en funcionario público, tan oronda lo ponía. Empero, en el pecho honrado de Carlillos, estas imaginaciones, en vez de envidia hacia el señor José, ó codicia hacia la señora Jacoba, se traducían por un religioso respeto hacia la dama y en una simpática viva y profunda hacia su marido, que le correspondía con un afecto sincero, manifestado en el vaso de vino y en la tajada de cocina con que le brindó siempre que hubo para ello ocasión.

Era esto José, marido de la Jacoba, heredero único y directo de los poseedores que en tiempo de la guerra de los siete años, cuando la aventura de la Inglesona, llevaban el parador en arriendo, y con los buenos negocios le adquirieron en perpetua y nuda propiedad. Aunque poseedor de abolengo y de nacimiento, José no poseía ninguna de las cualidades que exige el oficio. No era valiente, ni siquiera firme; no era avaro, ni siquiera tacaño; no era tramposo, ni siquiera regateador. Era una alma de Dios, sencilla ó ingenua, embutida en un cuerpo alto, flaco, endable y desgarbado. Jamás puso en una cuenta ocho maravedises, que hacen una pieza de dos cuartos, de más; ni armó camorra á nadie porque quedase á deber un cuartillo de vino ó un celemin de cebada; debilidades que le valieron de su ilustre padre y sobre todo de su heroica madre los más fieros regaños y algunos coscorrones de añadidura.

Las únicas pasiones dominaban su espíritu: la lectura de novelas, que por entonces comenzaban a invadir la España literaria, y la caza de pájaros. Leer *La Atala* y el *Rey*, que sabe el cielo por qué sentas llegarían al parador de la Inglesona, y cogor un jilguero en una vara untada con higa, constituyeron para José las delicias de una juventud demasiado ociosa, pues nunca para sus padres, no obstante los coscorrones y regaños con motivo de las cuentas ó de los fiados, dejó de ser el niño mimado, como sucede con la mayor parte de los hijos únicos de personas acomodadas.

La afición a la caza y a las novelas le hicieron grande amigo del cura López, que tenía bien provista de ellas su biblioteca y era el mejor cazador de diez leguas a la redonda. Pero, en honor de la verdad se ha de decir también, que el cura López y José, como cazadores, eran los dos polos de una misma afición. El cura cazaba por el placer de matar la pieza, por verla caer a sus pies palpitante y temblorosa con el estertor de la agonía. Su cara, cuando cerrado el ojo izquierdo enfilaba con el derecho el alza, el punto de mira y la perdiz ó el conejo, adquiría la siniestra actitud del tigre en acecho, y cuando disparado el tiro y disipado el humo, emocionado con el ruido, se lanzaba sobre el animal herido para rematarlo, lo hacía con la fiereza alegría del león al agarrar su presa. José, por el contrario, se horrorizaba con la sangre; cazaba por apresar, por domesticar, por someter y reducir, y cogido el pájaro en la red, la codorniz en el lazo, ó el conejo en la trampa, se apresuraba a tomar el animal para acariciarlo y conservarlo. Su cuarto del parador era un almacén de jaulas, de donde salían todos los cantos de las aves del país; pero perfeccionados por el arte con que José las educaba. La joya de aquel pequeño museo ornitológico, que constituía la vanidad de José, con que hubieron de transigir definitivamente sus padres, era un ruiseñor, que á fuerza de cuidados y paciencia, había José logrado reducir a la esclavitud. Algún viajero distinguido, que allí pasó, oyendo de noche, entre los rebuznos de los ancos y el gruñir de los cordos, destacarse de pronto vibrante y fogoso el canto del sublime artista de las ornamadas, creyó soñar, y felicitó á José al enterarse de un prodigiosa habilidad como domesticador de pájaros.

Estas habilidades y su mansa condición inspiraban al cura López un soberano desprecio hacia José, contenido, empero, por la posición de éste, que le constituía en uno de los más distinguidos y útiles feligresos de la parroquia rural que el cura desempeñaba. Además el cura tenía una sobrina, la Jacoba, hija de otra Jacoba, que con él vivía en calidad de ama, después de haber sido mujer de un su primo, labrador de secano en aquellas parrameras de la tierra, moza garbada en quien José puso sus ojos y el pensamiento con la misma delicia y finura que los más comidos amantes de sus novelas. Y el cura López, que había visto á su lado, sobre sus rodillas, desarrollarse la espléndida belleza de la hija, traía de algún tiempo atrás tales ba-

tallas con la madre, (mujer de corazón y bríos que no sufría acaes), que, obligado á una resolución extrema, después de bien pensarla y de muchas y muy íntimas conferencias con la Jacoba joven, aceptó por medio de ésta á José, y, al poco de verse éste solo en el mundo por la muerte de sus padres, los unió en santo é indisoluble matrimonio, acompañados de la iglesia al parador, distantes media legua, para dejarlos definitivamente en el establecido.

Carlillos, que por entonces comenzó á servir la cartería, hizo pronto conocimiento y amistad con José, basada esta en un temperamento igualmente pacífico y en unas mismas aficiones a los pájaros, y pudo observar cosas que se correspondían con matemática exactitud; á saber, que siempre que á José le ocurría ir de caza junto á la iglesia, al cura López le ocurría cazar cerca del parador, sin que ocurriera que se encontraran en el camino, pues mientras el posadero subía por la carretera, bajaba el cura por el atajo. También pudo observar que José no se expresaba respecto de la Jacoba, con aquel fuego y entusiasmo que Carlillos hubiera juzgado propio y natural en el marido de tan hermosa mujer, y que no hablaba del cura López con aquel respeto y veneración que cumple á un buen católico respecto al que áya y desata en nombre de Dios los más áridos negocios de la tierra. Mas estas observaciones aquí se quedaron; porque la imaginación de Carlillos lo único que pudo sugerirle fué, como he dicho, la idea de que quizá la condición de José, como amo de su parador y marido de la Jacoba, era muy superior á la suya de *correo gabacho*. Mas como esto sólo lo pensó tal cual día de tormenta y por el breve espacio de la parada; tampoco insistió en ello, considerándolo un devaneo impropio de un funcionario público, de tan escasos atractivos y tan excesivas obligaciones como él era.

Pero transcurriendo días y estrechándose su amistad con José, mediante obsequios de pájaros amastros y buenos vasos de vino de Rioja, ocurriéndole, cierta tarde de primavera, hallar al posadero de caza junto á la iglesia, después de haber visto cazando al cura junto al parador. Y, como se detuviese á conversar con su amigo un instante, por un giro cualquiera del diálogo, hubo de hablar del cura y decir le acababa de ver junto al parador, noticia que produjo en José un efecto que á Carlillos le pareció de sordo enojo, chocándole aún más que el fruncimiento de cejas y la contracción de los labios y la palidez repentina de José, esta pregunta que le hizo con voz grave y solemne:

—Dime, Carlillos, ¿si yo te diese una carta para el juez, se la entregarías en sus propias manos?

—¿Pues qué dala, tiens, hombre, que se la entregaría?

Entonces advirtió Carlillos que José hizo un movimiento, como si fuese á meter la mano en el bolsillo interior de su chaqueta. Pero, como José no sacó papel alguno del bolsillo, el cartero no trató de investigar más, limitándose á decir á su amigo que siempre le tendría á su devoción, continuando su marcha, juete en el indispensable morcillo, oyendo al poco que José, puestas las manos en la boca para recoger el sonido, le gritaba:

—¡Ah, Carlillos, eh? Al otro viaje de vuelta no dejes de buscarme.

—Descuida, que así lo haré. Adios, le contestó Carlillos, cuyas palabras, como las del posadero, se perdieron en las solatedas del páramo, donde los pájaros saltaban sobre las endebles ramitas del espiago.

A los cinco días justos, Carlillos, fiel y exacto cumplidor de su palabra, aunque empuñada á solas y sin testigos, buscó á José; pero le hubiera sido imposible encontrarlo, á no haber ido al comenterio; y esto no se lo consentía el servicio. La Jacoba, que halló acompañada de su madre y del cura López, le contó, con viva emoción y muchas lágrimas, que brillaban su belleza, cómo José acostándose el viernes, sano y bueno, á la hora de costumbre, no había podido levantarse el sábado, por haber muerto de un cólico violentísimo, que para nada dió tiempo, pues llegaron igualmente tarde el médico y el cura.

—Ni los santos sacramentos le alcanzaron al buen José, añadió el cura López con acento triste y dolorido: cuando yo llegué á toda prisa, era ya cadáver el infeliz. ¡Mira qué desgracia!

Carlillos, que tenía tan blandos los ojos como las entrañas, lloró abundantemente á su amigo, y luego partió. ¿Qué vamos á hacerle! exclamó filosóficamente. ¡Muchos años para florirse, señora Jacoba! añadió, echándose al cuerpo la copa de tostadillo y la media ducena de bizcochos con que ésta le obsequió, pagando tributo á la costumbre de la tierra en los funerales.

Al pasar con su caballo poco después por el sitio preciso donde cinco días antes había hablado con José, el losino, como si comprendiera el deseo de Carlillos, se paró, y el cartero, después de rozar contrito un Padre nuestro por el alma de su amigo, pronunció mentalmente una especie de oración fúnebre del posadero, en que se unían las ideas de una malograda juventud, con las de una vida inconsoable, expuesta á las accechanzas del trajinante; la de un parador sin amo, con la de una hermosa sin marido y la de unos pájaros sin quien los amastrase en el canto. Satisfecho de su trabajo oratorio iné lito, Carlillos continuó su viaje, no sin que al azar, asustase su mente esta pregunta:

—¿Para qué quería escribir al juez, aquel buen José?

Ocho días después, Carlillos, que tenía muchas cosas en qué pensar anejas á su penoso servicio, ya no pensaba en ninguna de éstas, yendo, viniendo y pasando por delante del parador sin detenerse, porque ya no le llamaban á él los vasos de Rioja que le ofrecía José, ni las tempestades le obligaron á refugiarse allí, hasta esta horrible día de deiciembre, de que voy hablando, ocho meses justos después de la muerte de José, en que la crueldad de la nieve y las amabilidades de Jacoba le sentaron atolondrado en el hogar, y tan cerca de ésta, que el embarrado pantalón del enteco cartero y la falta de merino negro de la robusta vida, se tocaban sin confundirse.

—A todo esto, ¿has comido? le preguntó ésta, envolviéndole en una mirada centelleante, que aún más que el abundante fuego del hogar y la reacción natural de un organismo por tanto tiempo expuesto al frío, encendió la sangre de Carlillos.

—Muchas gracias! ya comeré al medio día.

—¿Cómo? al medio día, si han dado las dos de la tarde? interrumpió el cura López, sacando del bolsillo de su chaleco un enorme reloj de plata y consultando la hora.

Miró Carlillos al cura, que de pie y con la pierna extendida y el brazo agarrado á la campana de la chimenea, le pareció un gigante que con un solo movimiento podría aplastarlo, y, entre temeroso de su fuerza y molesto por su presencia, le contestó tímidamente:

—Bien podrá ser, señor cura; me se han pasado cinco horas sin sentir en el camino. Cenaré al anocheecer, si no hay inconveniente, señora Jacoba, añadió, dirigiéndose á ésta, y atreviéndose á mirarla el blanco y robusto cuello, que dejaba descubiertos su caído pelo de seda negro.

En la nuca de Jacoba, algunos cabellos negros como el ala del cuervo, formaban naturales sortijillas. Carlillos, al ver de tan cerca aquella carne tan blanca y aquellos cabellos tan negros, experimentó una sensación de voluptuosidad, que no escapó á la perspicaz mirada del cura López, que frunció las cejas y contrajo la pupila, ni desapercibida á la posadera, que sonrió pícaramente, enseñando la más blanca dentadura entre los más frescos y sensuales labios imaginables.

—Entonces cenarás con nosotros, dijo Jacoba; pues sin duda que el señor cura habrá de pasar aquí la noche, porque no hay nadie que suba al páramo con esta nevada. Dí, Fany (así llamaban en el parador á la Inglesita cuando no la designaban por este mote) ¿nieva ahora?

—Mas que nunca; parece como si fueran á rellenarse las hondonadas del mundo con algodón en rama, dijo desde el fregadero la Inglesita, con una voz tímida y simpática.

—Tú siempre diciendo tonterías, exclamó el cura volviendo la cara con desprecio: la sangre herética que tienes no te deja disculpar á la persona racional. De algodón en rama has de tener tú rellena la sacera.

Fany no replicó palabra; pero si alguien la hubiera observado de cerca y en plena luz, hubiérale visto morderse el fino labio inferior con ira y mirar al cura de soslayo con una expresión de rencor. Jacoba hizo un movimiento de cabeza como implorando del cura benevolencia para su criada, y Carlillos, aunque muy absorto en la contemplación de las sortijillas provocativas del hermoso cuello de la posadera, aún dijo, como hablando consigo mismo.

—¡Pobrecilla!

—Pues si hemos de cenar al anocheecer, bueno será calentar el cuerpo por dentro al mismo tiempo que por fuera, dijo el cura, sentándose en uno de los bancos del hogar, frente al cartero. ¿No te traigan un jurro de vino blanco. ¿No te parece bien, Carlillos?

—El frío da tanta sed como el calor, contestó éste, á quien un vaso de blanco le pareció el complemento natural del cielo en que se hallaba. Le beberemos, si á su merced le parece, á la salud de la señora Jacoba, añadió, poniéndose colorado como un puvo, al advertir su propio atrovimiento.

—No sólo me parece bien eso en tí, contestó el cura, sino que pienso te lo agradeceré mi sobrina, añadió, mirando á Jacoba de un modo singular, que hizo asustada á ésta con una sonrisa sinistra que hubiera asustado á Carlillos de haberla observado.

Un momento después Fany traía al hogar un jarro de espumoso vino blanco y dos vasos, que llenó Jacoba cogió el uno y se lo pasó á Carlillos: el cura tomó el otro por sí mismo.

—A la salud de la señora Jacoba, dijo al cartero, bebiendo de un tirón su vaso.

—A la tuya, Carlillos, y porque Dios te dé mejor oficio que el que tienes, evitándote peccar cualquier día entre la nieve, como el pobre cirujano de la Aldca.

El vino, cayendo en un estómago vacío, y el brindis del cura López, penetrando en una cabeza rellena de vientos amorosos, trastornaron un poco el juicio de Carlillos, que á tenerle cabal en aquel instante, quizá no hubiera dicho estas palabras, de que muchas voces después protestó con una adhesión fervorosa de trece años al ramo de correos.

—Crea su merced que no le hay más apereado y molesto. Por llevar y traer noticias que nada me interesan y quizá á nadie importan un comino, cuando mojado y frío, he de andar abrasado de calor y lleno de polvo, expuesto unas veces á quedarme con el jaco enterrado en un ventisquero y otras á que se nos lleven las corrientes de los ríos que hemos de atravesar. Todavía estas fatigas—añadió con emoción creciente—podrían soportarse, si al descansar en casa dos días cada dos semanas tuviera uno, como cualquier otro cristiano, una mujer que le atendiese y dijera una palabra de consuelo.

—Y por qué no te casas? dijo el cura, cogiendo estas palabras al vuelo y mirando á Jacoba, con aquella expresión á que pareció anteriormente responder la siniestra risa de ésta.

Levantó Carlillos su espeluznada cabeza, de que se había quitado la gorra de pelo para colocarla en una rodilla, fijó su pupila verdosa en el cura López con sorpresa, y dijo triste y lentamente:

—¡Por tantas cosas, señor cura! ¿Qué mujer se contentaría con tener marido dos días de cada semana? ¿Cuál de ellas me querría á mí? ¿Cuál se vendría á un sueldo, que apenas si alcanza á mantener á mí y á mi morcillo?

Jacobá se encargó de contestar á estas preguntas del cartero, después de hacer un signo de inteligencia al cura.

—Al que se abate como tú, Carlillos, Dios le ensaiza. No te consideres tan desechado y perdido. Nunca falta un roto para un descaído, dice el refrán; con que tú, que eres un empleado del Gobierno y un hombre joven, debes tener buen ánimo y mejores esperanzas. Pero, dí, ¿es verdad que desearías casarte?

—Como querer, si querría, señora Jacoba; pero á lo mejor los más bajos suelen tener los pensamientos tan altos, que no los pueden alcanzar, contestó Carlillos con un profundo suspiro.

Miró Jacoba, envolviéndole en un haz de luz que chispearon sus ojos; miró luego al cura López, que asistía al diálogo de su sobrina y el cartero, como un notario asiste á la celebración de un contrato, y luego dijo:

—Hay otro refrán, Carlillos, que dice: el puerco más ruin se come la mejor bellota.

—No te asustes, si realmente quieres casarte, por fíjate en lo que te parece imposible. Al que no pide, ¿cómo quieres que le den?

—Carlillos, otro trago, dijo á esto el cura, cogiendo el jarro y escanciando los vasos. Ahora beberemos por la dama de tus pensamientos. ¿Quién es esa Dulceina? ¿Es de la tierra ó montañesa?

—Señor cura, dijo Carlillos, trasegando el vaso, no se llama Dulceina, sino que es castellana yeta, y guapa como una clavellina.

—Sea quien quiera, dijo el cura sonriendo y bebiéndose el vino, no te quedes con el amor en el buche, porque si no escribes la carta ¿cómo has de tener respuesta?

—Dice bien mi tío, insinuó la Jacoba, y aun creo haberlo oído predicar del Evangelio, que dice: pedid, y os será dado; mas al que no pide, aun lo que tiene lo será quitado. No hay mujer, por alta y por orgullosa que sea, que no agradezca una buena voluntad, aunque no pueda ó no quiera acomodarse á ella.

El cura cogió el jarro al oír estas palabras con un movimiento tan brusco, que le derribó al suelo, donde luciósele pelazos con estrépito, se derramó el vino que aún contenía, haciendo chisporrotear las brasas. Acudió la Inglesita al ruido y se incorporó la Jacoba. El cura, que observó cierta risita irónica y cruel en la criada, dióla un violento empujón para echársela de encima, en tanto que, mirando á Jacoba fosco, y uraño, la dijo:

—Tráenos otro jarro.

Fuese Jacoba sin replicar palabra, y la Inglesita tornó al fregadero amohinada y vergonzosa, poniéndose á tararear por lo bajo un aire sumamente melancólico, quizá aprendido de algún viajero romántico que se hubiese detenido en el parador.

Solos el cura y el cartero al hogar, el primero, á quien Carlillos miraba con ojos asustados, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, adoptó una actitud tranquila y benévola, exclamando con tono festivo:

—Carlillos, buena suerte te espera en tus proyectos matrimoniales, pues el vino vertido anuncia alegrías, que empezaremos á contar por esta de beber un vaso más, á que nos obligó el fracaso. Y, ahora que estamos solos, añádele guiñando pícaramente el ojo izquierdo, como cuando enfilaba su escopeta á la caza, ¿no me dirás quien es la moza con quien tú más á gusto te casarías?

—A mí mismo me da vergüenza decirme, señor cura, contestó Carlillos; con que dispénsame usted si se lo cuento. No se ha hecho la miel para la boca del asno, ni para mí la mujer que á mí me gusta.

—¿Qué! ¿Acaso es alguna mujer casada? dijo el cura con tono de represión.

—No, señor cura, no es casada, dijo sencillamente Carlillos. Dios me guarde de tan malos pensamientos como son desearte la mujer al prójimo.

—Pues siendo soltera ella y siéndolo tú, no te asustes de altanerías; pues ya sabes lo que dice aquella copla: *Milgún se entregó al moro*.

—No es soltera tampoco, señor cura, añádele cánticamente Carlillos, pero como si lo fuera. Lo que hay es que ella es guapa y yo soy feo; ella es rica y yo soy pobre; ella está muy solicitada y á mí nadie me hace caso; y si yo la dijera lo que siento, tendría para reirse de mí una semana.

—¿Es de Medina?

—Es de Espinosa?

—Tampoco.

—Díantre, me vas metiendo en curiosidad. ¿Por qué no me dices quién es? Yo te ayudaría, añádele melifluamente, si me fuera posible, en tus buenos propósitos.

—¡Ah! señor cura, si su merced quisiera cuánto podría valerme!

—¿Qué? ¿Conozco yo á la muchacha?

—¡Vaya!

—Pues quién es? ¿dime?

En esto apareció la señora Jacoba en el hogar, llenándole con su esbelta figura y brillando la llama con la esplendidez de su belleza. Llevaba en la mano el jarro lleno, dejando ver desnudo, blanco y rojizo, su brazo. Parecía una Hebe popular y sensual dispuesta á escanciar néctar á guerreros triunfantes.

Carlos, que la sintió á su lado, mientras miraba al cura López, sin desplegar los labios giró la vista desde los ojos de cura á la cara de la posadera con un movimiento y una expresión, que hicieron exclamar, sonriendo de un modo singular al cura, que recogió el jarro de mano de su sobrina:

—¡Sígatelo, Jacoba, y oye. Carlillos acaba de decirme que quiere casarse contigo.

RAMÓN CHIES.

LUZ Y SOMBRA

Un gran meeting republicano se ha celebrado en la capital de la Mancha.

A pesar de la precipitación con que se han hecho los trabajos para su realización, el acto ha tenido la mayor brillantez. Los más importantes pueblos de la provincia han enviado adhesiones escritas ó representadas. De Madrid ha ido el distinguido abogado de aquella región Sr. Tebar.

Los palcos del teatro en que se celebra estaban ocupados por señoras.

Bien se puede decir, parodiando una frase célebre, que en España «nacieron oradores como el trigo.» Muchos fueron los que usaron de la palabra en el meeting, y la generalidad arrebató al público con su elocuencia.

Desfilaron por la tribuna el Sr. Blanco, director rector de nuestro querido colegio *El Noventa y Tres*.

D. Joaquín Zaldívar, que acaba de quitarse el traje de presidiario á que se hizo acreedor por su talento de periodista republicano, elocuentísimo y valeroso, y que ha demostrado en el meeting que no es mejor escritor que orador.

D. Higinio Peñuela, que honra el trabajo y la democracia.

D. Fermín Aguirre, el integérrimo jefe del partido republicano en la provincia, cuya sola presencia llena el alma de sentimientos, de dignidad y honradez.

D. Santiago Carrasco, representante del Comité de Valdepeñas, que pide la coalición, la propaganda frecuente, la consagración á las ideas; que, en suma, piensa y quiere lo que lleva al triunfo.

El representante de Almadén, D. Baldomero San Martín, pronunció un discurso interesante.

Hablado de la infamia que se comete con los obreros de las minas de Almadén, dice:

«No pueden trabajar en aquella mina, la más rica del mundo sin disputa, otros hombres que los hijos de Almadén, y aunque estos infelices se hallan conaturados con aquella perjudicial atmósfera de azogue, hay muchísimos que a los veinticinco años están hechos unos desgraciados que no pueden llevarse la cuchara a la boca, y sin embargo de pagárles un jornal exiguo con el que no tienen bastante ni aun para comprar pan y alimentar a sus hijos, cuando les ve inútiles les abandonan y tienen que pedir una limosna ó morir de hambre.

El pueblo que tiene el más grande veneno de riqueza es el pueblo más pobre de España. Los obreros que más producen dan al Estado los peores retribuidos y los más despreciados, que si desaparecieran en Cuba la esclavitud de los negros, conservárase sin duda la esclavitud de los blancos en Almadén.»

Bueno es que estas cosas se repitan, para que cuando llegue la hora de hacer justicia a los negros, sepa el país á qué atenerse.

D. Antonio Delgado habla con el entusiasmo de la juventud.

D. Manuel Telar dió á conocer sus vuelos de orador y propagandista, cautivando la atención del público con su extenso y elocuente discurso. Recibió al terminar los abrazos y las felicitaciones de la concurrencia.

Hizo el resumen D. José Blanco mostrando la solidez de sus ideas, lo vigoroso de su argumentación y lo correcto de su estilo.

Al terminar el acto se dirigió el siguiente telegrama:

MANUEL R. ZORRILLA. Avenue de la Grande Armée, 40. Paris.

Celebrado meeting republicano acordó felicitarle y hacer votos fervientes por sea pronto un hecho implantación República española.—Blanco, Palacios, Peña, Valderrama, Martínez.»

Orgulloso debe estar el partido republicano manchego de tan brillante acto, y merecen mención y agradecimiento especial sus organizadores, los Sres. Blanco, Peña, Valderrama, Palacios y Martínez.

Pero aún los merecen más El Noventa y Tres que con tanto brillo y energía sostiene la fe republicana en la provincia y cumple los deberes de la prensa, á quien está encomendada en estos momentos la preciosa misión de levantar el espíritu público y atraer á la coalición y á la causa republicana la mayor suma posible de fuerzas.

Un teólogo profundo inserta cierto trabajo en El Fuerrista, donde siguiendo la alegoría aquella pastoril que ha hecho de los hombres borregos alimentándose de alfalfa, llega á completarla con un invento propio de cerebro teológico y presbiterial.

Dice primero: «La Iglesia se compara á un rebaño. ¿Quién es el pastor? El Papa. ¿Y las ovejas? Los obispos»

Y aquí entra el invento. El rebaño necesita perro. ¿Quién es el perro? Véase, según lo da á luz el parto cerebral del teólogo ausidicho:

«¿Para qué están los perros en un rebaño? Para defender del lobo á las ovejas. Horrerosísimo, por consiguiente, os para los reyes de ser defensores del santo apriado de Dios.»

«Los reyes son los perros. Todavía clara más su imagen el buen olvido diciendo: «Y para él (para el liberalismo) quiere ser D. Carlos una esperanza y no un temor? Los perros han de ser una esperanza y no temer!»

Era preciso que existieran clérigos en el mundo para que hubiera habido quien llamase en España perros á los reyes y á los reyes de la más pura legitimidad!

Ya han echado el trono á los perros. ¿Cuándo echarán el altar?

Se ha constituido en Málaga una sociedad de socorros mutuos para el gremio de pañaderos.

En el reglamento de esa sociedad, que tenemos á la vista, resplandece un hermoso espíritu de fraternidad y caridad. Los socios que enfermen tendrán el socorro de dos pesetas y media diarias.

El presidente de la sociedad, Sr. Vela Bosquet, ha redactado una hoja impresa, que también ha llegado á nuestra redacción, donde se reflejan los sentimientos de ardiente amor á la civilización y á sus hermanos los hijos del trabajo, que inflaman su alma.

Que esos sentimientos caigan en tierra fértil y cose de mil prosperidades la naciente sociedad.

Los tahoneros han constituido una Liga en Badajoz para encarecer el precio del pan y suprimir los repartidores ambulantes, con el fin de obligar al vecindario á acudir á los despachos de los de la Liga.

Asociarse para hacer sufrir hambre y molestias á los proletarios: he aquí lo que se hace en España.

Si fuera digna la autoridad de Badajoz, del espíritu de rectitud y justicia del pueblo que gobierna, ya hubiera puesto correctivo á los culpables.

Desde luego hubiera metido en la cárcel al primero que vendiese un pan falso; ¡y de seguro que lo estará la mayor parte!

«Amor con amor se paga.»

El Simulador se titula un periódico satírico que ha comenzado á publicarse en Bilbao.

No á una capital de provincia, sino á la capital de España, honraría un periódico de tanta chispa y tanto ingenio. El artículo programa, escrito en verso, es primoroso. Con pena renunciamos al deseo de trasladarle á nuestras columnas.

Viva mucho y lleno de prosperidades ese colega que viene á hourar la prensa española.

hoja se denunciaron si no viviéramos bajo el Gobierno fusionista.

Loemos en nuestro querido colega La Revista de Puerto Rico, que dirige nuestro estimado amigo y correligionario Sr. Cepeda. «El director de El Liberal, Sr. Araoz, en nombre del periódico, solicitó del Sr. Labra su apoyo para el Sr. Moya, cuya candidatura había acordado la redacción presentar para el cargo de diputado por Ponce, vacante por el fallecimiento de D. Julio Vizcarrondo.

El Sr. Labra, cuya seriedad y honradez política son proverbiales, contestó que veía con grandes simpatías esa candidatura por tratarse del Sr. Moya, autonomista convencido, y presentarse además como representante de El Liberal, cuyas campañas en pro de la autonomía colonial y de la libertad y la vida de los autonomistas portorriqueños en periodos difíciles como el del gobierno del general Palacio tenían obligados hacia el periódico á aquel partido de la pequeña Antilla y al propio Sr. Labra; pero que no podía por entonces ofrecer que apoyara al Sr. Moya porque, fiel á sus compromisos políticos y leal cumplidor de los procedimientos democráticos, necesitaba dejar la iniciativa de la designación de candidato al Directorio de Puerto Rico por sí tenía otra persona de la pequeña Antilla que enviar á las Cortes; no ocultando además que si el Directorio no indicaba ningún candidato y llegaba el caso de hacerlo él, ese candidato, por deberes de amistad y de lealtad, tenía que ser el conocido y distinguido autonomista Sr. Sardá.

El Sr. Labra, después de esto, hubo de comunicar al Sr. Sardá y á sus amigos de Puerto Rico lo que pasaba, dejando, en cuanto al Sr. Sardá se refiere, completa y absolutamente á su decisión si había de presentar su candidatura ó ceder el puesto por intereses políticos al Sr. Moya. En la inteligencia de que si el Sr. Sardá aspiraba á representar á Ponce en el Congreso, él sería el candidato que recomendaría y apoyaría cerca del Directorio autonomista y de todos sus amigos.

El Sr. Sardá, cuya modestia y claridad de juicio le permitieron hacerse cargo de la importancia política que para el partido liberal de Puerto Rico podía tener la elección del señor Moya, aparte de los méritos de éste, por la representación con que se iniciaba el voto de los autonomistas, renunció abnegadamente á lo que (conociendo como conozco sus méritos y sus trabajos por la causa liberal de las Antillas) no vacilo en llamar su derecho, dejando al Sr. Labra en libertad de apoyar al señor Moya.

Ejemplo es este de disciplina, de abnegación y de discreción política que, por la poca frecuencia con que suele darse, merece todo género de alabanzas. Y habla muy alto en favor del digno Sr. Sardá.

Desde este instante la designación del candidato autonomista para el distrito de Ponce no podía ofrecer dificultad alguna, porque á semejanza del Sr. Sardá, el Directorio portorriqueño dejó también á la iniciativa del señor Labra toda resolución, aceptando enseguida con singular complacencia el nombre del señor Moya como candidato del partido.»

El presupuesto de la marina de guerra de los Estados Unidos ha sido elevado desde el año 1899 á 1900 en 10 millones de dólares, de suerte que alcanzará en 1900 la enorme cifra de quinientos doce millones de reales.

El ministro Whitney ha propuesto á la Cámara de diputados formar dos grupos de acorazados en alta mar, el uno de 12 navios en el Atlántico, el otro de ocho en el Pacífico.

Todo arguye que los Estados Unidos se propone tomar una parte activa en la política del mundo.

Mucho sentiríamos que en esos planes de poderío marítimo-militar fuera arrastrada la gran República por las ambiciones que han devorado á los fuertes. Su política de intervención en el continente americano y la aceptación de proposiciones como la del senador Call, de que ha dado cuenta estos días el telégrafo, relativas á discutir nuestra soberanía en Cuba, son un tanto sospechosas y alarmantes.

Juntase á esto, la noticia de la visita que se propone hacer la escuadra norteamericana, recientemente anclada en Tángier, á nuestros puertos del Mediterráneo, para comprender que España no debe perder de vista estas ostentaciones de poder.

Habiéndose acordado el ensayo de colonización en Cuba, mediante la entrega de una cierta cantidad de terreno á las familias que emigren, una comisión de la «Sociedad de Beneficencia de Naturales de Galicia» ha redactado una circular dirigida á la colonia gallega de la isla, invitándola á contribuir, por suscripción, para proteger á sus paisanos que, aprovechando las ventajas que ofrece el Gobierno, se decidan á emigrar.

La circular respira caridad, amor patrio y amor regional, y sus autores merecen el agradecimiento público.

He aquí los nombres que suscriben dicho documento: Adolfo Lonzano, José Ruibal, Anselmo Rodríguez, Fidel Villaso, Serafín Sabucelo, Diego Montero, Andrés Acea, Antonio Villamil, Bernardo Lauza, Baldomero Suárez, José Veiga, Waldo A. Inesa, Miguel A. García.

Ya lo saben, pues, los emigrantes gallegos: sus piadosos paisanos procurarán aliviar la desgracia que les obliga á abandonar la madre patria, ofreciéndoles al efecto, no sólo dinero, sino aperos de labranza, monjes de cocina, muebles y toda clase de ropas que ofrecerles á su llegada.

Nos escriben de Huelva una carta desolada. Han despedido 3.000 operarios de las minas de Riotinto y 250 de los talleres de la Compañía de las minas mantiene en Huelva.

La capital parece un campo de batalla: soldados alojados, patrullas de la guardia civil, parejas presenciando el pago y despedida de los operarios, agentes de policía á la puerta de los talleres: tal es el espectáculo que allí se ofrece.

¿Se comprende! Sólo así puede un pueblo de obreros ser condenado en un solo día á hambre y á la desesperación.

¿Qué Gobierno es este? ¿Qué autoridades son estas? ¿Qué sociedad es esta?

Se va á producir una inmensa desgracia: más de 3.000 familias se van á quedar sin comer. ¿Qué es lo que se ocurre á hombres que sienten latir su corazón en el pecho, ante tanta infortuna? Pues reunir dinero, alimentos, recursos para salvar la crisis y remediar la desgracia. Pues no: se renuncian solidarios. Hace falta pan á los obreros y se les envía hierro.

¿Se puede dar más inhumanidad? ¿Qué pretendes, bárbaros? ¿Matar de hambre á los infelices que no matásteis antes á balazos!

Las DOMINICALES envía 200 pesetas para socorro de los más necesitados. Es una gota de agua; pero no alcanza á más. Que las logias masónicas y las sociedades de obreros y los círculos de todas clases imiten su ejemplo. Que esos tres mil españoles, laboriosos, honrados, sobrios, no perezan de hambre; que un rayo de consuelo penetre en sus mercedas, hoy sumidas en la desesperación.

Un hecho que prueba el estado de la opinión de España, así respecto á la religión como á la política.

Habiéndose propuesto el joven y entusiasta librepensador de Cebrilla (Toledo), nuestro amigo D. Samuel Loarte, intentar la venta de LAS DOMINICALES en aquella villa, pidió un pequeño paquete de 12 números, que tenía no tuviera salida. Con tanto asombro como satisfacción de su parte, el Sr. Loarte nos participa que en la primera hora del último domingo se vendieron los números indicados, y que tuvo el vendedor que sacrificar hasta el ejemplar que para sí guardaba.

Al dar las más expresivas gracias al señor Loarte por el desinteresado apoyo que presta á nuestra publicación, nos consideramos obligados á declarar que á entusiastas tan generosos como los de este digno joven, se deben en gran parte los triunfos cada día más decisivos del librepensamiento. Pueblo donde una alma fuerte y resuelta se propone introducir la prensa librepensadora, sin dificultad lo consigue, abriendo á la luz radiante de la verdad los ojos oscurecidos por el necio y rancio catolicismo.

Játiva es una ciudad tan hermosa como desgraciada. El clericalismo impera allí infestándolo todo con su aliento impuro. Figúrase una joven angélica á cuyo rostro se acercan las fauces purulentas de un viejo corrompido por el alcohol y la crispala arrojadole aliento polvoroso: esa es Játiva.

Por fortuna el espíritu nuevo ha comenzado á esparcir allí sus perfumes. Un periódico, El Clamor Sábense, órgano de ese espíritu, difundiendo semanalmente luz, caridad y belleza. Está admirablemente escrito. En él encuentran la razón y la justicia un alidil inenarrable, siempre armado con los más pulidos y vistosos arcos.

Con motivo de un acto nefando cometido por los que dominan á Játiva, escribe el citado querido colega:

«Repúblicanos, librepensadores y masones de Játiva: Nuestro amigo Vicente Bonboy, que vivió como viven los buenos y que al morir ha legado su modesta fortuna á los pobres, no ha podido reposar junto á los restos de sus deudos y amigos y ha sido enterrado en el pudriero designado aquí á los no católicos, y que sería indigno aun de los parientes de los que todos los domingos manifestación de luto en el memorable día 11 de febrero, á derramar una lágrima sobre la tierra que cubre al que fué nuestro amigo, y juremos trabajar su descanso para exterminar al fanatismo que envilece, á la superstición que degrada y á la cruel intolerancia que deshonra.

«No es republicano, no es librepensador, no es masón, quien no acuda á la manifestación que proponemos.

«Conste que la redacción de El Clamor será la primera en acudir á rendir el último tributo al querido correligionario.»

De todo esto saldrá algo.

¡Salud á El Republicano Alavés, que ha comenzado á publicarse en Vitoria!

Allí, más que en parte alguna, hacen falta órganos del progreso y de las grandes ideas modernas.

A hacer temblar el palacio episcopal.

Hablado del recibimiento hecho al cadáver de Garrayre, dice La Democracia, de Pamplona:

«Al llegar ayer el tren de medio día, los andenes de la estación se hallaban cubiertos de gente. Además de los parientes del finado vieron allí comisiones de la Diputación, Ayuntamiento, Sociedad Santa Cecilia, prensa, Cáminos, etc.

«Nadie había invitado, nadie había recibido invitación, pero cada cual se consideraba obligado á depositar una corona sobre los restos del eminente paisano.

«La carrera recorrida se hallaba cubierta por un gentío inmenso, cuya respetuosa actitud hacía más sublime el espectáculo.

«Descanse en paz.

«El clero no ha tomado parte en esta hermosa manifestación.

«Sin duda necesita que le busquen... y le paguen.»

«Lo oís? Ni para Garrayre tiene preces gratuitas ese clero.

«Ni cristianismo, ni patriotismo, ni amor regional... Dinero, sólo dinero.»

Victima de la epidemia reinante ha fallecido en esta capital, á la edad de veintidós años, el bueno é inteligente joven D. Rafael Langa y Verdejo.

No encontramos palabras con que expresar nuestro sentimiento por esta desgracia, ni intentaremos consolar á su desgraciado padre, nuestro queridísimo amigo de toda la vida, sino juntando nuestras lágrimas á las suyas.

Habíamos visto nacer, brillar por sus virtudes y talentos al joven Langa, y le amábamos como cosa propia, de esas que son ornamento de la juventud y esperanza de la patria.

NOTAS DE ESTUDIO SOBRE LA SANTA BIBLIA OCVI

Daniel, aunque mozo, ya positivista, no se contentó con la adoración estúpida de Nabucodonosor, sino que pidió al tirano cosas más

sustanciosas, cuales fueron los ministerios reunidos de Gobernación y Gracia y Justicia para sí, y la superintendencia de Obras públicas para sus compinches de cautiverio y magia, los ciudadanos Sidrach, Misach y Abdónayo, que son, cambiados los nombres, Ananías, Misael y Azarías. Y cátese á los dominadores caldeos, explotados y exprimidos por los judíos esclavizados, objeto del público desprecio. Pues de tan antiguo data la política israelita del darme pan y llámame perro, que consistió trocar el desprecio y la animadversión en dinero contante y sonante, mediante el cual los Hostichil y los Pereires se hacen limpiar las botas y lavar las cunillas por los más fervorosos católicos y las más fanáticas hijas del Corazón de Jesús.

No sé cuántos años llevarían Daniel y sus amigos de explotar á sus amos los babilonios, cuando á Nabucodonosor, que era el hombre de las ocurrencias estrafalarias, se le antojó hacer una estatua de oro de sesenta codos de altura y seis codos de anchura, y púsole en el campo de Durá, de la provincia de Babilonia.

Que es una de las más estupidas barbaridades que se han escrito en este mundo, pues calculo yo que todo el oro circulante entonces en Caldea no hubiera dado de sí el volumen cúbico de 60x6x6 codos, que hacen 2.160 codos cúbicos de oro, que dejó á las pocas matemáticas que saben los católicos puros y simples calcular las pesetas que montan en nuestra moneda corriente, dada la baja del oro desde el tiempo de Nabucodonosor hasta estos días del brancoso degenerante de pulmonías.

Ni se sabe á quién representaba esta descomunil estatua, ni Reclus determina dónde precisamente estaba el campo de Durá; pero ni esto nos impide reírnos sacrilegamente, que es la más sadrosa manera de reír, de los intérpretes juntamente con lo que interpretan, ni fué óbice para que Nabucodonosor reuniera las sátapas y culabreras de las provincias, así como á los rebanes de hombres que trasladaban, para hacerlos al son de estrafalaria música adorar el escultural mamarracho, bajo pena de muerte para todo aquel que no inclinase la cabeza y doblara la rodilla.

No faltó uno que dijo á Nabucodonosor que ni Sidrach, ni Misach, ni Abdónayo habían accedido á adorar la estatua, desobediendo cínicamente sus órdenes. Y el tirano, bufando de ira como un toro, mandó que en el acto la trajesen á los tres cogotados israelitas.

«¿Es verdad que no habeis querido adorar la estatua? los preguntó echando espuma por la boca.

«Verdad es, le contestaron los manco-bitos.

«¿Poraistis en vuestra contumacia, ó al son de la zampoña, como está ordenado, estais dispuestos á la adoración? Si lo primero, pechillos á la mar entre nosotros; si lo segundo, á un horno encendido seréis arrojados. ¡Blegid!

«Nosotros no podemos adorar más que al rey del cielo, y no á ningún mamarracho de escultura. Y, en cuanto á lo del horno encendido—le respondió tranquilamente—ten por cierto que si á nuestro Dios se le antoja, de él nos sacará, no hechos panecillos, sino más esponjados aún de lo que estamos.

Nabucodonosor, lleno de saña, dice la Biblia, al oír aquellos desafiantes, mandó que bien atados de pies y manos, los soldados más fuertes de su ejército los echasen al horno, que cuando se encendió con siete veces más leña que de ordinario.

Y allí fué el más morrocotudo de los milagros, que me ha hecho considerar esta Profecía de Daniel como el más antiguo de los libros de caballerías.

Dice Cervantes, por boca de un ventero y con el donaire que caracteriza su sublime estilo, en la primera parte del Quijote, capítulo XXXII.

«¡Tomos con mi padre, dijo el dicho ventero, mirad de qué se capanta, de detener una rueda de molino! Por Dios, ahora habia vuestra merced de leer lo que leyó yo de Felismarte, de Hircania, que de un revés sólo, apartó cinco gigantes por la cintura, como si fueran hebras de habas, como los frailecillos que hacen los niños; y otra vez arre-metió con un grandísimo y poderosísimo ejército, donde hubo más de un millón y seiscientos mil soldados, todos armados desde el pie hasta la cabeza, y los desbarató á todos como si fueran manojos de ovejas.»

«Pues qué me dirán del bueno de D. Cirujillo de Tracia, que fué tan valiente y animoso, como se verá en el libro? Donde cuenta que navegando por un río le salió de la mitad del agua una serpiente de fuego, y así como la vió, se arrojó sobre ella, y se puso á horcajadas encima de sus escamosas espaldas, y la apretó con ambas manos la garganta con tal fuerza, que viendo la serpiente que la iba ahogando, no tuvo otro remedio sino dejarse ir á lo fondo del río, llevándose tras sí al caballero que nunca la quiso soltar; y cuando llegaron allí abajo, se halló en unos palacios y en unos jardines tan lindos, que era maravilla; y luego la serpiente se volvió en un viejo anciano, que le dijo tantas cosas que no hay más que oír.

«Calle, señor, que si cyose esto se volvería loco de placer, dos higas para el Gran Capitán y ese Diego García que dice.»

Y escribe Daniel, en su Profecía, textualmente, como lo halló en la traducción canónica del P. Scio:

Y en el punto fueron atados aquellos tres varones, y echados en el horno de fuego ardiendo con sus calzas y tiras, y calzados y vestidos. Porque la orden del rey apremiaba; y el horno estaba muy encendido. Mas la llama del fuego mató á aquellos hombres que habían echado á Sidrach, Misach y Abdónayo.—Y estos tres varones, Sidrach, Misach y Abdónayo, cayeron atados en medio del horno de fuego ardiendo.

LO QUE SIGUE NO LO HALLEN LOS CODICES HEBREOS

Pero aunque el copista (porque este que habla es el traductor evidentemente) no lo halló en los codices hebreos, yo lo encuentro en la Biblia canónica, y sigo copiando:

Y andaban en medio de la llama laudando á Dios, y bendiciendo al Señor. Y poniéndose en pie Azarías, oró así, y abriendo su boca en medio del fuego, dijo: Reza el andante caballero en llamas, una oración más larga que un rosario de veinte dices, y continúa el disparatado texto de la famigosa aventura.

Y no cesaban los ministros del rey (antes he leído en el texto hebreo que á los tales ministros los habían consumido las llamas; pero ya están resucitados en la copia griega por nate de desencantamiento), que los habían echado, de cebar el horno, con nafta, y estopa, y pez, y con hacelitos. Y se extendía la llama sobre el horno cuarenta y nueve codos (eché usted llama: y cuarenta y nueve (pues si se alzaba cuarenta y nueve codos, claro está que salía fuera), y abrasó á los caldeos que halló cerca del horno. (¿Qué encontraron el de estos babilonios? Y el ángel (ya pareció aquello) descendió al horno con Azarías y con sus compañeros: y sacudió del horno la llama de fuego (¿cómo se sacude un calvo las moscas?) é hizo que se pasase en medio del horno como un viento de roca, y no los tocó de ningún modo el fuego, ni los afligió, ni causó la menor molestia. Con lo cual los tres manco-bitos continuaron su rosario de los veinte dices. Y yo, por el cuando esto se publique manda ya Cánovas, complemento monárquico de la gripe para la despoblación de España, no queriendo comentar por mi cuenta, después de inventariar

El arca de Noé. La quijada de asno de Sansón. La paradija del sol y la luna por Josué. El discurso de la burra de Balaam. La sombra de Saul charlando con la pacifista de Eudor. La partitura del agua del mar Rojo. La varita mágica de Aaron. La subida al cielo en un carro de Eneas. La botija de aceite de Elisaco. La resurrección de Lázaro. El parto de la Virgen María. La confusión de los doctores por el Niño. El reloj de sol y el parche de higas del rey Meechias. La confusión de lenguas de la Torre de Babel.

El andar á pie firme sobre el lago de Jesús. El fuego de Sodoma y de Gomorra. La mujer de Lot hecha estatua de sal. Las trompetas que derribaron sonando las murallas de Jericó. Las batallas y juramentos de Jefeú. Y las llagas de ser Patrocenio. Ya que he hecho hablar á Cervantes, le cedó de nuevo la palabra, cuando troena contra los embolismos, sandeces y disparates de los libros de caballerías, para que toda persona racional se convenza de que estamos mutando; á la Biblia se los emplumará, si hoy el gran manco escribioso. Ha habido un canónigo. Verdaderamente, señor cura, yo hallo por mí cuenta que son perjudiciales en la República estos que llaman libros de caballerías; y aunque he leído, llevado de un ocioso y falso gusto, casi el principio de todos los más que hay impresos, jamás me he podido acordar á leer ninguno del principio al cabo, porque me parece que cual más, cual menos, todos ellos son una misma cosa, y no tiene más este que aquel, ni estotro que el otro; y según á mí me parece, este género de escritura y composición que debajo de aquel de las fábulas que llaman milisias, y que son cuentos disparatados, que atienden solamente á deleitar y no á enseñar, al contrario de lo que hacen las fábulas apologas, que deleitan y enseñan juntamente; y puesto que el principal intento sea el deleitar, no sé yo cómo podían conseguirlo yendo alentos de tantos y tan desafortunados disparates: que el deleite que en el alma se concibe nace de la hermosura y concordancia que ve en contemplar en las cosas que la vista ó la imaginación le ponen delante, y toda cosa que tiene en sí fealdad y descompostura no puede causar contento alguno.

«Pues qué hermosura puede haber ó qué proporción de partes con el todo, y del todo con las partes, en un libro ó fábula, donde un mozo de dieciséis años (doce tenía el otro cuando acuchilló á los doctores con argumentos) da una cuchillada á un gigante como una torre, y le divide en dos mitades (no de un cintarazo, sino de una padrada, mató David á Goliat), como si fuera de azúcar? Y ¿que cuando nos quieren pintar una batalla, y después de haber dicho que hay de la parte de los enemigos un millón de combatientes, como sea contra ellos el héroe del libro, forzosamente, mal que nos pese (aquí de Sanasón, antes del tijestazo de Dalila) habemos de entender que el tal caballero alcanzó la victoria por sólo el valor de su fuerte brazo? Pues ¿qué dizeis de la facilidad con que una reina ó emperatriz heredada se comen en los brazos de un andante y no conocido caballero? ¿Qué ingenuo, si no es del todo bárbaro é inepto, podrá contentarse leyendo una gran torre llena de caballeros va por la mar bravia (Jonás hizo más; se estuvo medio tres días en el vientre de una ballena) y mañana amanece con otras del preste Juan de las Indias, ó en otras que así las describió Tolomeo, ni las vió Marco Polo? Y así á esto se me responde que los que tales libros componen los escriben como cosas de mentiras, y que así no están obligados á mirar con delicadeza ni verdades, responderle ha yo, que tanto la mentira es mejor, cuanto más parece verdadera (como los milagros de San Simón Estilita) y tanto más agrada, cuanto tiene más de dudoso y posible (como que los peces salieron á oír predicar á San Francisco). Háuse de usar las fábulas mentirosas con el entendimiento de que las leyeren, escribiéndose de suerte que, facilitando los imposibles, alaudando las grandezas, suspendiendo los ánimos, admiraron, suspendan, alborocen y entretengan de modo que acaben á un mismo paso la admiración y la alegría juntas; y todas estas cosas no podrá hacer el que hayere de la verosimilitud y de la imitación, en quien consiste la perfección de lo que se escribe. No he visto ningún libro de caballerías, que haga un cuerpo de fábula entero con todos sus miembros, de manera que el modo correspondiera al principio, y el fin al principio y al medio, sino que los componen con tantos miembros, que más parece que llevan intención de formar una quimera, ó un monstruo.»

Quimera... monstruo los libros de hechos imposibles, que no forman encadenamiento, ni guardan debida proporción de partes? Pues, Santa Biblia, chúpate esa indirectilla del gran alcaideino. EDUARDO DE BRUFRANCO.

Y no cesaban los ministros del rey (antes he leído en el texto hebreo que á los tales ministros los habían consumido las llamas; pero ya están resucitados en la copia griega por nate de desencantamiento), que los habían echado, de cebar el horno, con nafta, y estopa, y pez, y con hacelitos. Y se extendía la llama sobre el horno cuarenta y nueve codos (eché usted llama: y cuarenta y nueve (pues si se alzaba cuarenta y nueve codos, claro está que salía fuera), y abrasó á los caldeos que halló cerca del horno. (¿Qué encontraron el de estos babilonios? Y el ángel (ya pareció aquello) descendió al horno con Azarías y con sus compañeros: y sacudió del horno la llama de fuego (¿cómo se sacude un calvo las moscas?) é hizo que se pasase en medio del horno como un viento de roca, y no los tocó de ningún modo el fuego, ni los afligió, ni causó la menor molestia. Con lo cual los tres manco-bitos continuaron su rosario de los veinte dices. Y yo, por el cuando esto se publique manda ya Cánovas, complemento monárquico de la gripe para la despoblación de España, no queriendo comentar por mi cuenta, después de inventariar

El arca de Noé. La quijada de asno de Sansón. La paradija del sol y la luna por Josué. El discurso de la burra de Balaam. La sombra de Saul charlando con la pacifista de Eudor.

La partitura del agua del mar Rojo. La varita mágica de Aaron. La subida al cielo en un carro de Eneas. La botija de aceite de Elisaco. La resurrección de Lázaro.

El parto de la Virgen María. La confusión de los doctores por el Niño. El reloj de sol y el parche de higas del rey Meechias. La confusión de lenguas de la Torre de Babel.

El andar á pie firme sobre el lago de Jesús. El fuego de Sodoma y de Gomorra. La mujer de Lot hecha estatua de sal. Las trompetas que derribaron sonando las murallas de Jericó.

Las batallas y juramentos de Jefeú. Y las llagas de ser Patrocenio. Ya que he hecho hablar á Cervantes, le cedó de nuevo la palabra, cuando troena contra los embolismos, sandeces y disparates de los libros de caballerías, para que toda persona racional se convenza de que estamos mutando; á la Biblia se los emplumará, si hoy el gran manco escribioso.

Ha habido un canónigo. Verdaderamente, señor cura, yo hallo por mí cuenta que son perjudiciales en la República estos que llaman libros de caballerías; y aunque he leído, llevado de un ocioso y falso gusto, casi el principio de todos los más que hay impresos, jamás me he podido acordar á leer ninguno del principio al cabo, porque me parece que cual más, cual menos, todos ellos son una misma cosa, y no tiene más este que aquel, ni estotro que el otro; y según á mí me parece, este género de escritura y composición que debajo de aquel de las fábulas que llaman milisias, y que son cuentos disparatados, que atienden solamente á deleitar y no á enseñar, al contrario de lo que hacen las fábulas apologas, que deleitan y enseñan juntamente; y puesto que el principal intento sea el deleitar, no sé yo cómo podían conseguirlo yendo alentos de tantos y tan desafortunados disparates: que el deleite que en el alma se concibe nace de la hermosura y concordancia que ve en contemplar en las cosas que la vista ó la imaginación le ponen delante, y toda cosa que tiene en sí fealdad y descompostura no puede causar contento alguno.

«Pues qué hermosura puede haber ó qué proporción de partes con el todo, y del todo con las partes, en un libro ó fábula, donde un mozo de dieciséis años (doce tenía el otro cuando acuchilló á los doctores con argumentos) da una cuchillada á un gigante como una torre, y le divide en dos mitades (no de un cintarazo, sino de una padrada, mató David á Goliat), como si fuera de azúcar? Y ¿que cuando nos quieren pintar una batalla, y después de haber dicho que hay de la parte de los enemigos un millón de combatientes, como sea contra ellos el héroe del libro, forzosamente, mal que nos pese (aquí de Sanasón, antes del tijestazo de Dalila) habemos de entender que el tal caballero alcanzó la victoria por sólo el valor de su fuerte brazo? Pues ¿qué dizeis de la facilidad con que una reina ó emperatriz heredada se comen en los brazos de un andante y no conocido caballero? ¿Qué ingenuo, si no es del todo bárbaro é inepto, podrá contentarse leyendo una gran torre llena de caballeros va por la mar bravia (Jonás hizo más; se estuvo medio tres días en el vientre de una ballena) y mañana amanece con otras del preste Juan de las Indias, ó en otras que así las describió Tolomeo, ni las vió Marco Polo? Y así á esto se me responde que los que tales libros componen los escriben como cosas de mentiras, y que así no están obligados á mirar con delicadeza ni verdades, responderle ha yo, que tanto la mentira es mejor, cuanto más parece verdadera (como los milagros de San Simón Estilita) y tanto más agrada, cuanto tiene más de dudoso y posible (como que los peces salieron á oír predicar á San Francisco). Háuse de usar las fábulas mentirosas con el entendimiento de que las leyeren, escribiéndose de suerte que, facilitando los imposibles, alaudando las grandezas, suspendiendo los ánimos, admiraron, suspendan, alborocen y entretengan de modo que acaben á un mismo paso la admiración y la alegría juntas; y todas estas cosas no podrá hacer el que hayere de la verosimilitud y de la imitación, en quien consiste la perfección de lo que se escribe. No he visto ningún libro de caballerías, que haga un cuerpo de fábula entero con todos sus

